



AGAMENÓN...
QUE CAYESE AL SUELO

Oswaldo Reques

AGAMENÓN...
QUE CAYESE AL SUELO



Primera edición: julio de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Oswaldo Reques

© Ilustración de portada: Sebastian Reques Araujo

© Fotografía autor: Valentina Araujo

ISBN: 978-84-19439-06-2

ISBN digital: 978-84-19439-07-9

Depósito legal: M-18806-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Thomás, no el apóstol, ni el de Aquino,
sino el de chemin de l'Esplanade.*

*A Valentina, Ana Cecilia y Sebastian,
siempre y por siempre.*

A George Goormaghtigh por estar y ser.

Fue y vino, atrás y adelante en el tiempo,
pero, ¿estaba o ya no estaba en este mundo?

I

Sentado, o quizás echado, por haber ido corriéndose en la silla, hasta estar prácticamente sostenido por la espalda, dejando un vacío entre parte de su cuerpo y la madera, veía como el cigarro que tenía entre los dos amarillos dedos de su mano se había consumido totalmente, la ceniza hacía un recorrido y se encorvaba como la uña de una bruja, sin embargo, no sentía la capacidad, el deseo, ni quería molestar su voluntad, en hacer que cayese al suelo.

Solo miraba como se había consumido y además como estaba triste y tanto la tristeza, como la alegría, pueden hacer que todo parezca, lo que ellas, mujeres al fin, quieren que parezca. Pensó sobre la similitud de esa ceniza con su vida y más que la ceniza, ese cigarro, que estuvo en algún momento lleno de vida, fuego y potencia, para terminar reducido a esa curva, incapaz de resistir, tan siquiera, un movimiento de su cansada mano, sin que cayese al suelo o fuese esparcida por el aire, dejándose ir o llevar, como quieran, sin posibilidad de oponerse.

No sabía, menos aún entendía, por qué deseaba creer que el cigarro era como la vida, al encenderlo, no pensabas, ni te preocupaba que se fuese a acabar, lo importante era disfrutar del placer que producía y cuando solo era cenizas, un soplo, un pequeño movimiento, terminaba con lo que quedaba, el resto se botaba en cualquier parte, sin que nadie reflexionase un momento sobre lo que había sido... como los cementerios, llenos de restos de histo-

rias, por donde cruzábamos y solo nos deteníamos a ver, si acaso llamaba nuestra atención, la estructura de una tumba... pensó entonces, que las calles del mundo eran la imagen de los cementerios: llenas de colillas de cigarros, que ya no importaban ni a quienes los habían disfrutado, quedando el humo y la ceniza esparcida en el mundo y el universo, confundiéndose con toda la mierda que inunda al planeta y... al universo, como se confunden nuestras vidas, que no importan a nadie más que a nosotros mismos y a un puñado de seres que nos amaron y a los que amamos, porque hasta los que nos odiaron, nos olvidaron... repitiéndose siempre la misma historia, por los siglos de los siglos... amén.

Claro, el pensamiento de lo que se fue y lo que se había sido, estaba relacionado con aquel que había vivido intensamente y experimentado momentos de verdadera gloria, creyendo de verdad que el tiempo se había detenido, que todo se rendía a sus pies y que los pesares humanos, eran cuestión de aquellos no tocados por los dioses. En estos seres, la vejez arremetía con furia, pues si bien la vida era un lento camino hacia la muerte, a la que nos acercábamos cada día que pasaba, ellos solo tomaban consciencia al respecto, cuando la muerte comenzaba a reclamar... que el tiempo había terminado...

Reflexionaba sobre las tonterías impuestas en la sociedad de las culpas, el humano siempre necesitaba sentir culpas y por eso y para eso, había inventado las religiones, para poner freno a sus desmesurados deseos de probar y aceptar todas las tentaciones. En esa sociedad de consciencias pecadoras e intranquilas, se pensaba y se quería pensar y hacer creer, que los viejos eran hermosos, hermosura que no era más que el reflejo de las incapacidades sobrevenidas, porque en sus mentes se conjugaban todas las perversidades acumuladas a lo largo de la vida... cometiéndose la estupidez y hasta la herejía, de compararlos con los niños, quizás por la falta de

destreza sobrevenida que los caracterizaba en sus primeros años, comparación grosera, pues... el niño estaba lleno de inocencia y de fuerzas que no sabía cómo usar y los viejos de experiencias y terribles mañas, pero sin las fuerzas para ejecutarlas, aunque no sin ganas de hacerlo, que a veces se convertía en impotencia y más tarde en malos humores.

Era temible y horrible, cuando al intentar ayudar a esa caja de huesos desvencijada en que se había convertido su cuerpo, prisión dolorosa que aseguraba el infierno a todo aquel que se arriesgaba a retar a la muerte... haciéndola esperar, se le acercaban y lo trataban como a un niño, cuando trastabillaba o balbuceaba por la falta de control y pérdida de sus capacidades, se le regañaba o se le hablaba como a un carajito y entonces una sonrisa de auto consolución y lástima surgía en sus labios, porque si osaba a revelarse, algún nieto, enfermera, cuidador, curandero o «peor es nada», lo etiquetaba de viejo detestable, que no aceptaba que se le dijese nada, aunque a esas alturas ese nada, lo era todo... Después de haber pasado la vida diciendo y haciendo, el todo de todo y el cómo de todos los cómo, se llegaba a eso, a que cualquiera, hasta su nieto de seis añitos, no por cualquiera, sino por niñito, le indicase cómo se debían hacer las cosas... no joda y después que no había infierno...

Incluso debía mirar con cara de agradecimiento y de infinita felicidad a aquella imbécil o a aquel imbécil que se había casado, rejuntado, apurruñado con su hija o su hijo y que hacía grandes esfuerzos para demostrarle que era cierto: «Había perdido un hijo, pero había ganado una hija o viceversa», su cara fingida y hasta practicada para ser puesta en escena en público, no podía tapar esas conversaciones permanentes con su hijo o hija, en la complicidad de la cama, luego de estar exhaustos por haber hecho el amor, momento en que se aclaraban todas las ideas, por haberse aplacado los deseos y la furia que despertaba el sexo, para siempre finalizar en... «no es que yo sea una mierda, que te consta que no lo soy y

sabes cuánto lo quiero, pero creo que sería mejor que tu papá se muriese ya... ¡Hasta cuándo joden los viejos, carajol!».

Si algo aprendían los ancianos en esa larga trayectoria de la vida, era que una cosa decían las convenciones y hablar no era más que una de ellas y otra el cuerpo y las actitudes, que expedían señales inconfundibles, capaces de ser percibidas a leguas de camino e imposible de ser tapadas o disimuladas, por más ensayos que se hiciesen y por más actor de teatro que se pudiese ser, que no era siempre el caso de los yernos y nueras y no era específicamente el suyo con ninguno de los escogidos por sus hijos.

La verdad, no había ninguna razón para seguir en esta vaina sin rumbo, pero no era posible ponerle fin, porque no estaba en sus manos. Una señal, todas las mañanas le indicaba que seguía ahí, que no había sido la última noche, que despertaba de un sueño lleno de vida, en aquel recuento de vivencias en que se había convertido el dormir, para enfrentar a esa realidad que le apretujaba y le dolía y que casi le hacía contar las veces que respiraba en el día... ¿cuántas veces respirábamos al día?, ni un momento se pensaba en ello, a pesar de que lo hacíamos incesantemente, una y otra vez, pero solo se tomaba consciencia cuando esa simple función mecánica del cuerpo, que implicaba la diferencia entre estar o no estar, se debía hacer con un gran esfuerzo, convertido cada segundo, en un reto intentarlo y más aún lograrlo, en realidad así era todo en la vida, todo lo remarcábamos, cuando lo sufríamos o disfrutábamos, antes de ese momento, esas cosas eran insignificantes.

Cada mañana comenzaba con algún pendejo, propio o extraño, que le decía que se veía muy bien, como un carajito de 15 años, negación en sí misma, porque nunca se le decía eso a un carajito de 15 años y lo primero que pensaba era cuánto faltaba para volverse a dormir, cosa que no sabía y ya nunca más, en los jamás de los jamases podría saberlo, porque ahora, la dolorosa caja de huesos,

no respondía a ciclos, sino que se apagaba en un momento... ¡clic!, sin aviso, ni protesta, por más interesante que pudiese ser cualquier situación que estuviese sucediendo... quizás porque allí, en sus sueños, revivía momentos y fuerzas, que lo habían abandonado...

A veces, ya no sabía si lo que pensaba era parte de su historia y sus vivencias o producto de esa vida que quedaba a los viejos representada en los sueños. Estaba convencido que a los ancianos no debería despertárseles nunca, porque los sueños, eran un espacio imaginario que los apartaba del tormento que tenía que vivirse en los últimos días, meses y años de existencia, podía llamarse purgatorio o infierno o... sencillamente... vejez, porque los viejos eran como los pobres, llenos de derechos... pero sin que tuviesen forma, ni manera... de reclamarlos y de eso sabía un montón, cuántas veces sonrió ante la expresión «es que yo tengo derecho a...», a lo que él, casi siempre respondió, o solo pensó: «Reclámelos».

La democracia contemporánea, nutrida de sus antecedentes en la Ilustración, había llenado de derechos todo y a todos, tenías derechos, reclamabas los derechos..., a los pobres se les decía que también y por primera vez, tenían derechos, por el solo hecho de pertenecer a la especie humana... y ellos, seguían sintiendo que ciertamente los tenían, pero no cómo exigirlos y hacerlos realidad, por ahora seguían teniendo derecho a pasar hambre, a no ir a la escuela, a ser excluidos y sobre todo... a enriquecer a aquellos que decían, entre champaña y caviar... que luchaban por ellos... su mente paseó por los tantos salones de lámparas inmensas en el techo que había conocido, siempre como si fuese el cielo alumbrando todo el universo y abajo a los dioses y eso lo hizo adormecerse...

Sonreía, porque de niño no le gustaba ir a dormir y siempre le parecía que el día no duraba lo suficiente, deseaba conocer aquellos lejanos países de los que había oído decir que aún de noche, seguía siendo de día... Como no podía imaginar lo que no conocía, le era

imposible comprenderlo, al ser niño nacido en el trópico, donde la luz salía a las seis de la mañana y 12 horas después, se estaba despidiendo, con una puntualidad, que nunca era perturbada.

Claro, en su inocencia, cuando empezaba a dormirse dando tumbos en un sofá y no quería hacerlo, emocionado con una conversación de mayores a la que ponía atención sin haber sido invitado o cualquier otra cosa que pudiese interesarle, comenzaba poniendo a dormir un ojo, el izquierdo, tapándoselo con una mano cinco minutos, luego el derecho, también cinco minutos y estaba convencido que funcionaba. Años después descubrió, que la gente se quedaba dormida manejando con los ojos abiertos porque era el cerebro y no los ojos, el que dormía, sin embargo, cuando había puesto en práctica, repetidas veces su ensayo, hubiese retado a probarlo a cualquiera que intentase convencerlo, que su descubrimiento, experimentado una y otra vez, estaba manchado por la fuerza de la ingenuidad y destruido por las normas de la razón... y que quedaba entonces reprobado.

Pero no era solo esa una de las lógicas que hacía que su mundo funcionase, el único que le importaba, porque podía dar fe de su existencia. Desde pequeño cuestionaba muchas cosas, no por llevar la contraria y por eso también, sino por una condición innata que lo hacía dudar y hacer dudar a otros... también. Su madre lo miraba y siempre se quejaba, porque decía que el calor le nublabla la mente y le hacía estar preguntando todo el tiempo y tan sencillo que era vivir, sin tanta preguntadera, palabra que le encantaba oír de su mamá, pues en alguna aleación de esas que hacía la mente de los niños... le recordaba a los heladeros y prefería de colita, limón, fresa... ¡ah!, también de chocolate.

En su época, los niños no tenían el rango de seres humanos, eran solo proyectos que algún día optarían a esa condición si lograban sobrevivir a los siguientes años de vida, no estándoles per-

mitido preguntar, no hablaban en la mesa, ni en conversaciones de adultos, no decían groserías, no podían gritar, no podían correr y si se cortaban o lastimaban, en el caso de los varones, no podían llorar... ¡porque los hombres no lloraban! o por lo menos no lo hacían en público, sino refugiándose en la almohada, dentro de las paredes de los baños o sencillamente aprendiendo a llorar para dentro... eso también se aprendía y se hacía, por eso quizás a muchos varoncitos se les hundía el pecho, si, si, muchos tenían un hueco en el pecho y él no sabía por qué...

Entonces las preguntas se almacenaban, se buscaban respuestas acá y allá y como todo estaba configurado, de tal manera, para que fuese el mundo de la negación y el sinsentido, del permanente «no se puede», «no te importa», «no se sabe», «no preguntes», «no mires», «no oigas», «no pidas», «no, no, no, no..., no existas» o por lo menos que eso pareciese, terminaban forjándose sus propias respuestas, que como nadie corregía y tan siquiera sabían que lo pensaban, eran transmitidas a otros amigos, que a su vez transmitían las suyas y se iban convirtiendo en las más insólitas verdades, que como verdades al fin, solo necesitaban que se les defendiese con una fuerza endemoniada que les daba ribetes de certeza y esa fuerza nunca, por lo menos a él, le faltó... bueno, hasta ahora...

Había también, en torno a los niños, una extraña idea de que nada entendían y que era inútil intentarlo, pero si era muy importante disfrazar lo que sucedía o decir algo más difícil de comprender aún, que la propia realidad. Pensaba que de seguro eso había hecho tan fructífera la mente de algunos genios de la narrativa, pero también a políticos y hombres de negocios, quienes fueron capaces de creerse las mentiras, nunca desmentidas, que se fueron forjando y radicalizando con el crecimiento y convirtiéndose en sentidos de sus vidas, en ideas a las que había que defender y si era necesario morir y también matar, por ellas... y muchos murieron y mueren por ellas, aunque el resto no entienda de qué se trata, eso

que se había dado en llamar parte de la... cultura, ¡sí!, guerras por defender ideas, religiones, verdades que llevaban a la muerte de otros y muchos más de... otros y todo era porque algunos veían la vida así, porque era parte de su... cultura... ya las mentiras no se forjaban en la calle, se forjaban en los medios de comunicación y sobre todo... en la televisión... que fascinante herramienta de manipulación cuando tú eras el que podía decidir hacia dónde movías el timón... por eso siempre la amó... la televisión, con sus caballitos y princesas, dispuestos a todo, con tal de lograr dos cosas: realitos y fama... y estaba seguro que aquel, al que solo importaba la fama y los reales, ya nada amaba... ni tampoco le importaba, porque ese sentimiento estaba reñido con la solidaridad, el amor, la amistad... ¡carajo!, casi que en su mente surgía su autorretrato y aún después de viejo y cansado, dejaba correr una pequeña sonrisa de satisfacción...

Efectivamente, la ceniza finalmente cayó y ensució el piso, la enfermera vino y dijo: «Ay, viejito, no sé por qué te dejamos todavía fumar con el mal que te hace», y al fondo otra voz agregó inmediatamente: «Dirá usted con el mal que nos hace, porque ese piso lo acabo de limpiar y siempre es lo mismo, más tarde yo de aquí para allá haciéndolo, que estos... pacientes, ensuciando».

La enfermera no contestó y no tenía por qué hacerlo, se trataba tan solo de una trabajadora que olvidaba que quizás, si los viejos no ensuciaban, ella se quedaba en la calle... pero si retiró la colilla de cigarro, con su filtro amarillo, al que se había aferrado, como si soltarlo hubiese significado despegarse de la única fuerza que lo mantenía con vida y aunque sentía que se quejaba de estar aún viviendo, no sabía por qué ese sentimiento de vacío, que parecía ser la muerte, le aterraba todavía más, aunque ese terror, hasta donde sabía y creía, no lo fuese a sentir, ni a sufrir, que vaina que se le temía y más, a lo que tan siquiera se conocía... la vio irse con su paso liviano y muy adentro sonrió, porque sin tener casi fuerzas

para respirar, fijó sus ojos en el lindo culo que se reflejaba en aquel blanco uniforme, parecía que esa fuerza que encendía la vida a lo largo de la vida, solo acaba con el fin de la mismísima vida...

Pensaba sobre las muchas veces que sintió quedarse sin vida, porque las cosas se presentaban tan difíciles que creía que ahora sí, ya no podría salir de esa, no en vano, había logrado escapar de las múltiples oportunidades que le había presentado su existencia... para no haber tenido que llegar a la situación en la que ahora se encontraba: un premio o un castigo, quizás eso dependía de cómo se había llevado la vida, pero en todo caso se resumía en una palabra..., *vejez*, si se quería ser poeta, que convertían el sufrimiento en palabras bonitas, el ocaso.

En definitiva la existencia era extraña, porque solo nos dedicábamos a escaparnos de aquello que era fatal e inevitable y cuando llegaba, siempre nos sorprendíamos: ¡ah!, como si nunca lo hubiésemos imaginado, esperado, ni pensado. Era de esas vanidades humanas que nuestra especie no había logrado superar y que siempre le tomaba desprevenida. Solo el niño, que no tenía consciencia de la vida y tampoco de la muerte, vivía despreocupado de ello, porque si algo era cierto, era que la muerte era cosa de adultos, los niños no la entendían, ni les ocupaba y no podían hacerlo y los adolescentes, siempre pensaban que era para otros, no para ellos... tocados por la vara de la inmortalidad, o al menos eso creían, pensaban y sentían.

Recordaba con qué facilidad se apagaban las vidas de los niños y adolescentes, las enfermedades arremetían contra ellos con una furia desconocida en los adultos y viejos y aunque los padres y todo el que supiese de la muerte de alguno, se quejaban por lo rápido que se los había llevado una enfermedad, no importaba cuál... era como si la vida tuviese piedad y los exterminara, sin largos períodos de dolor, porque el dolor, sin duda alguna, era el peor infierno, la peor cárcel

y de allí la maldición de morir viejo... cuando dolía el cuerpo, los amores y los odios sufridos y el tener que seguirlos sufriendo... pero sobre todo, la incapacidad y el sentimiento de lástima que surgía en los otros, más aún, en aquellos que le habían amado y a él ¿lo habían amado?... y entre rejas, ventanas o hueco, que permitiera observar, la alegría de quienes le habían odiado, ¡sí!, eso sí era seguro, ¡lo habían odiado!, que se convencían, a pesar de que Dios «es amor», que le había castigado, castigo divino, pero castigo al fin.

Si él hubiese muerto joven, quizás no habría hecho cosas que impidieran la tranquilidad de sus últimos años y eso le reclamaba a la muerte... su falta de oportunidad, porque en la vida, para que esta fuese buena y productiva, hasta la muerte, debía presentarse en el momento oportuno y adecuado, es decir, tener la capacidad y cualidad de la precisión.

No tuvo momentos de reflexión cuando de sus intereses se trataba, no hubo amor, no hubo compromisos, no hubo amistad... ni tampoco odio, que fuese capaz de pararlo para lograr sus metas, lo más importante era su satisfacción personal, ahora sentía que no había amor, amistad, ni odio, que fuese capaz de acercársele, para compartir un sincero momento, así estuviese lleno de odios y rencores, que no significase más que una carga... se acercaban para estar tranquilos con sus conciencias, no por estar con él y de hecho, en esos pocos ratos, no estaban con él... y recordaba las tantas veces que produjo dolor ajeno y como se consolaba con aquello de que «verdugo no pedía clemencia». Él ahora no encontraba clemencia...

Aquellos que se acercaban a verlo, por lo general en silencio, estaba seguro, que lo hacían para saber si sufría y hasta deseaban que no muriese, porque dejaría de hacerlo, eran entonces miles rezando para que Dios prolongase su existencia. Él personalmente debía muchos

dolores, muchas angustias, muchas tragedias, que supuestamente habían sido para favorecer a otros con su inmensa bondad, pero que escondían siempre su interminable e insaciable ambición. Su mente divagó en aquel momento en el que se disponía a...

Fue súbitamente interrumpido, no por la enfermera y su culo lindo, lindo, lindo y hasta de rechupete, que le permitió siempre hacer el ejercicio de la convergencia que usaban los oftalmólogos en un punto, sino por aquel gordo marico que transpiraba y trataba de incorporarlo para llevarlo a su cuarto. Pensaba el porqué esas bolas de mierda y grasa, siempre les daba por ser enfermeros, ¿sería para lavar las bolas y el culo a los viejos?...

Lavar los culos y las bolas a los viejos... a ello debía la broma que soportaba diariamente al llegar a la escuela, al ir a la bodega, al salir para cualquier lugar, por allá hacia sus diez años lo perseguía aquel recibimiento en las calles de su pueblo: «Agamenón..., ahí viene la muchachita, ahí viene el maricón, ¡no!, ¡no!, ¡mira! Es Agamenón».

No tenía idea de si antes había existido alguien con ese nombre, ni si significaba algo... si tenía claro, que ni su padre o por lo menos quien su madre le había dicho que era, ni ningún tío del que supiese o hubiese oído, se había llamado así. Solo que su madre lo sacó de una película, pero realmente ella no tenía idea tampoco sobre su procedencia, aunque él maldecía el nombrecito que hacía estrofa con aquello de *mariquito* o mejor dicho maricón.

La razón, al parecer (como casi todos los nombres que marcarían millones de vidas, al integrarse a la gente y llegar a sustituirlas, sabiéndose muchas veces de alguien llamado «así», pero a quien nunca se vio, ni se conoció), porque le gustó como sonaba y le decía y repetía: «Agamenón..., el que siempre será mi campeón, el que nunca aceptará su perversión».